



María del Henar Zamora Salamanca
22 septiembre 1961-12 diciembre 2023
γαῖαν ἔχους ἔλαφράν

Me corresponde, en las líneas que siguen, enfrentarme a una triste tarea. Dibujar, en unos breves trazos, la vida de Henar Zamora Salamanca, profesora del Departamento de Filología Clásica de la Universidad de Valladolid y miembro del Consejo de Redacción de *MINERVA* durante varios años, fallecida el día 12 de diciembre de 2023, con 62 años de edad. Me corresponde por mi especial relación con ella, ya que desde 1987 fuimos compañeras en la labor universitaria y amigas muy cercanas.

En ese año empecé mi beca de investigación en el Departamento de Filología Clásica, donde Henar estaba ya disfrutando de la suya. Ambas trabajábamos en sendas tesis de dialectología griega dirigidas por Manuel Garcia Teijeiro, ella sobre el dialecto de Cos y yo sobre el de Tarento y Heraclea. La coincidencia de especialidad, el reducido espacio del despacho compartido, la vida departamental que en aquellos años era mucho más cercana y personal, con los libros repartidos entre los distintos despachos y la sala común a la que daban todas las puertas, que nunca estaban cerradas, nos fue aproximando, y mientras comentábamos el último estudio sobre el dialecto cretense, o le pedíamos ayuda a Mari Cruz Herrero sobre algún fenómeno complejo, fuimos forjando una amistad profunda, que nuestras muchas diferencias, de creencias, de modo de vida, no hacían sino fortalecer y enriquecer.

Fui asidua visitante en su casa y me sentí acogida en su familia, con la que tanto aprendí. Paralelamente, nuestras tesis iban tomando forma y nos sentíamos una sola en nuestras sesiones de corrección con don Manuel, en nuestras primeras incursiones informáticas, en las clases sobre nuestros dialectos que nos dejaba dar Mari Cruz Herrero en su *Lingüística Griega*, en la vida departamental que nos iba formando académica y humanamente.

En el curso 1990-1991 leímos ambas la tesis. Yo pasé a dar clase en Burgos y la nueva situación supuso menos contacto, aunque no una relación menos íntima. Seguíamos muy de cerca los avances de cada una: los suyos, tan importantes tanto en el plano académico como en el personal en esa familia que iba aumentando y que nada le hacía descuidar, pues siempre fue el centro de su vida.

Henar fue digna discípula de su maestro, don Manuel, en muchos aspectos. En primer lugar, en la importancia dada a una docencia de calidad, rigurosa y a salvo de experimentos arriesgados y a menudo fallidos. Henar era ante todo profesora de griego clásico. Era tanto su deseo de compartir la riqueza que se encerraba en los textos escritos en esa lengua que fue maestra —el nombre más digno para nuestra profesión— no solo en la Universidad, encargada desde siempre de la dificultosa y muchas veces ingrata tarea de iniciar a los alumnos en la lengua griega, su famoso Griego 0, además de otras muchas materias en la Licenciatura, Grado y Máster de Filología Clásica; también lo hizo en los muchos cursos impartidos en el Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid, que sumaba, sin importarle la carga de trabajo, a su docencia universitaria. En Valladolid, muchas generaciones de alumnos de todas las edades, procedencias e intereses han aprendido griego clásico con ella.

También destacaba Henar por una absoluta indiferencia hacia lo superficial: las modas pedagógicas, los requerimientos vacuos de la gestión universitaria, la vanidad que tantas veces subyace en carreras investigadoras fulgurantes. La suya fue lenta y sólida, a partir del momento en que eligió trabajar no para publicar, sino para aprender y poder enseñar. Por eso, su inicial interés en la lingüística fue derivando hacia el mensaje transmitido por esa lengua que ya conocía en profundidad y empezó a estudiar los textos neotestamentarios y, sobre todo, los textos de la filosofía griega. A ella dedicó a partir de entonces su investigación y su docencia, de la que disfrutaron también en la Licenciatura o el Grado de Filosofía y en el Máster Interuniversitario en Estudios Avanzados en Filosofía (UVA-USAL). Aún recuerdo que la lección en su plaza de profesora contratada doctora versó sobre Heráclito, que en su exposición dejó de ser “el oscuro”. Las notas que tomé entonces siguen ayudándome cuando me toca a mí explicarlo en clase. Esa claridad de pensamiento y de expresión se debía, sin duda, a que su atención siempre estaba dirigida a lo esencial, el núcleo tanto de su vida como de su labor filológica, que siempre caminaban juntas nutriéndose mutuamente. Por eso su enseñanza trascendía, si se estaba atento a ello, el mero mensaje lingüístico, para dar, a través de él, lecciones de vida.

Porque en Henar no podían separarse los dos aspectos, como bien sabíamos los que tuvimos la suerte de conocerla y tratarla. La vida universitaria no es solo docencia

e investigación, por fecunda que estas sean: también es convivencia, en las distintas labores administrativas, que tan pesadas resultan a veces, y en las que se implicó siempre, como secretaria del Departamento, como coordinadora del Grado, como responsable de la EBAU, como miembro de la Junta Directiva de la SEEC en la sección de Valladolid o como miembro del Consejo de Redacción de la revista *MINERVA*. En ellas invertía no solo su trabajo, también algo que descuidamos demasiadas veces, por dejar que lo urgente devore lo importante: un excelente carácter que todo lo facilitaba, con su eterna sonrisa, su amabilidad, su ánimo conciliador, generoso y comprensivo con las circunstancias de cada uno.

Henar nos enseñó mucho y enriqueció mucho nuestra vida, con su saber, su talante y su testimonio. Creo que a ella le gustaría que acabase mi evocación con esa última palabra, central en el Nuevo Testamento que ella conocía tan bien en su lengua y en su mensaje: μαρτύριον. Lo fue toda su vida, y también su última participación académica, en julio de 2023, en el XVI Congreso de la SEEC celebrado en Salamanca, en el que quiso participar, a pesar de lo avanzado de su enfermedad, para hablar de “El encuentro de la filosofía griega y el cristianismo: la plenitud de una búsqueda”.

Descanse en paz.

Begoña ORTEGA VILLARO
Universidad de Burgos